

LUZ Y OSCURIDAD EN ALEJO CARPENTIER

(Breve reflexión sobre «El siglo de las luces»)

EL *siglo de las luces*, quizá la novela más conseguida de Alejo Carpentier, nos presenta como motivo central la caída de los ideales en una serie de personas, las cuales fueron primeramente impregnadas por las ilusiones lógicas de la juventud para, con el paso del tiempo, venir a confluir en la decadencia anímica, espiritual, que lleva consigo la experiencia vivencial cotidiana. Y a ese apagarse de las luces "particulares" se une el de la luz general de una ideología revolucionaria del *siglo de las luces* francés, hasta llegar a la más completa oscuridad, la caída total y el desengaño de todos cuantos habían defendido a ultranza los principios revolucionarios.

Es ésta una magnífica novela de caracteres humanos, pues es a través de cada uno de los personajes como vamos conociendo la paulatina e inexorable gradación ascendente-descendente de los ideales generales en paralela evolución a los propiamente personales.

Esos personajes están sumidos en un mundo de sueños y en una soledad interior de los que no desean salir, aun cuando aparezcan en relación más o menos abierta con sus prójimos. Y, en las ocasiones en que pueden evitar la renuncia a sus gustos o proyectos, late en su seno interno el deseo de una pronta huida. Es así como se nos inicia la obra, en el momento de comprobar la reacción que ha producido en Carlos la muerte del padre, la cual no supone otra cosa que una privación de todo cuanto amaba. "Y se acongojaba de su destino, haciendo la promesa de escapar un día próximo,



sin despedidas ni reparos, a bordo de cualquier nave propicia a la evasión" (1).

Sofía, Carlos y Esteban, transcurrido un año del luto paterno, seguían apegados a su mundo de fantasía, olvidados del mundo exterior, con un horario de comidas y de vida muy particular y distinto del normal en el "otro mundo". Tendrá que ser Víctor Hugues quien los saque de ese su secreto, hasta convertirse prácticamente en el padre de los jóvenes, y en el ángel custodio de sus vidas, como ocurre con Esteban quien, gracias al curandero Orgé, recupera la salud de forma sorprendente.

Víctor es el personaje que mejor encarna la representación del protagonista anímico, espiritual, de la novela: la revolución francesa y sus constantes fluctuaciones y desencantos.

El Comisario de la República tuvo unos comienzos masónicos, en abierta lucha contra todo lo que sonase a tiranía, frente a la que se había de luchar de cualquier forma, y son las ideas revolucionarias las que él defiende y las que, igualmente apasionada, acoge Sofía. Dos días transcurren con dichas conversaciones, por lo que el autor no puede evitar la introducción de reflexiones como la que reza:

"Quienes hablan de una revolución se ven llevados a hacerla. Es tan evidente que tal o cual privilegio debe ser abolido, que se procede a abolirlo; es tan cierto que tal opresión es odiosa, que se dictan medidas contra ella; es tan claro que tal personaje es un miserable, que se le condena a muerte por unanimidad. Y, una vez saneado el terreno, se procede a edificar la Ciudad del Futuro" (2).

Pero, paradójicamente, cuando se encuentra quemadas sus posesiones de Port-au-Prince y tiene que empezar una nueva vida, para lo que ha de huir a Francia, siente que su "filantropía" —término que él prefiere al de "franc-masón"— se ha desvanecido y por ello ahora desprecia las logias, cuando antes tanto las defendía. Ante el asombrado Esteban —quien a lo largo de todo el relato será el punto óptico de referencia para observar esas crisis de ideales de Víctor y de la propia revolución— llega a decir:

(1) *«El siglo de las luces»*. Edit. Bruguera. Colec. Libro Amigo, Barcelona, 2.^a ed., 1979, pág. 11.

(2) *Ibidem*, pág. 69.



"Si quieres estar con nosotros, no vuelvas a poner los pies en una Logia. Demasiado tiempo hemos perdido ya con esas pandejadas (...). Y, tomando un "*Catecismo del Aprendiz*" que estaba sobre la mesa, lo rompió por el canto de la encuadernación, arrojándolo al cesto de los papeles" (3).

El filántropo, renunciará a la amistad y se prestará a la disimulación de sus propios sentimientos pues, a pesar de haber proclamado el decreto de abolición de la esclavitud, no apreciaba nada a los negros quienes, a su parecer, ya tenían bastantes prerrogativas y privilegios con ser considerados ciudadanos franceses.

Paulatinamente se va endiosando hasta el punto de que no acepta los acontecimientos de la metrópoli, la contrarrevolución, y llega a pensar en el enfrentamiento con quienes le han dado todo ese poder:

"Pues aquí todo seguirá como antes —dijo al fin—. Yo ignoro esta noticia. No la acepto. Sigo sin conocer más moral que la moral jacobina. De aquí no me sacará nadie. Y si la Revolución ha de perderse en Francia seguirá en América" (4).

Aferrado a su acendrado protagonismo y a las irreflexivas convicciones, seguirá con su papel de manera implacable, aun a sabiendas de que se encuentra solo y que muchos de sus obedientes discípulos estaban deseando que le llegase la destitución. Será ahora cuando se sumerja en las contradicciones, los caprichos, la ira, como quien da los últimos coletazos en un desesperado intento por sobrevivir. Y así no debe extrañarnos que vuelva a sus principios como auténtico comerciante, relajado y voluble, que olvida el orden y la guillotina por los que tanto suspiraba antes. Su "corte" es un complejo mundo de burguesía en el que impone gustos y criterios hasta el punto de negarse a aceptar la paz firmada entre Francia y España pues ello le impediría capturar nuevas naves españolas.

El "monstruo" —en opinión de Esteban—, una mera comparsa, un hombre inferior, aunque él se creyese superior, renace de sus cenizas y, cuando casi todos lo creían condenado a muerte en Francia, resulta haber tomado posesión como Agente del Directorio en Cayena, con nuevos po-

(3) *Ibidem*, pág. 97.

(4) *Ibidem*, págs. 152-153.



deres y prebendas. Y ello no es ni más ni menos que el fiel exponente de las profundas contradicciones que se producían en el seno de los dirigentes franceses.

A raíz de esto, la decadencia moral es aún mayor, pues su quehacer se centrará en entregarse con todas sus fuerzas a edificar estanques, jardines, etc., en medio de una selva que pronto los devoraría. Inutilidad manifiesta, al igual que la persecución de los negros en la selva, que únicamente les acarrea la muerte por todas partes a consecuencia del Mal Egipcio.

Si Víctor se podía considerar como el padre o, al menos, el punto de mira ejemplar de los jóvenes, Sofía desempeñará el papel de madre para Carlos y Esteban y, como tal, es el correlato fiel de Hugues.

La hasta ahora adormilada y "asexuada" mujer, cobra conciencia de su realidad, la de una persona objeto de deseo, pues él ha intentado yacer junto a ella. A partir de este momento se le han acabado los juegos de adolescencia, pero se sumerge en el juego de otra nueva fantasía, la curiosidad revolucionaria que inspira el francés, hasta que acaba por acompañarlo en su huida y entregarse a él durante la travesía a Port-au-Prince. Del rechazo primero ha pasado a la entrega y la admiración total, constituyéndose ésta en su segundo mundo fantástico, al que se sobrepondrá —permaneciendo éste en estado latente— la realidad de su matrimonio: fiel esposa que admira a su marido, perfecta ama de casa, hasta que le llega la muerte y queda liberada de ese quehacer.

Es entonces cuando decide unir su vida a la de Víctor, de quien había renido noticias al regreso de Esteban, y a quien deefiende de las críticas de su primo, argumentando que, si bien se han podido cometer excesos, hace falta sangre y revolución para que se logren grandes conquistas humanas. Se muestra partidaria, por tanto, de la guillotina:

"Ojalá pudiéramos levantar una, muy pronto, en la Plaza de Armas de esta ciudad imbécil y podrida" (5).

Tras ese despertar del letargo pasajero, decide embarcarse hacia Cayena, rumbo a ese "personaje extraordinario, a pesar de todo", sin que nadie pueda convencerla para que desista de su intento, de su "suicidio moral".

(5) *Ibíd.*, pág. 255.



Allí se sentirá feliz en plenitud, tras haber conseguido el definitivo acoplamiento sexual:

"Hubiese querido que todos participaran de su gran dicha interior, de su contento, de su soberana calma. Colmada la carne volvía hacia las gentes, los libros, las cosas, con la mente quieta, admirada de cuán 'inteligente' era el amor físico" (6).

Cuando ve el comportamiento de su amado y las profundas contradicciones de ese mundo que había fantaseado en exceso, se produce la segunda caída de sus ideales. Todo aquello en lo que creía se ha venido abajo. "Asombrábase la mujer ante las distintas enterezas de un hombre capaz de hacer el Bien o el Mal con la misma frialdad de ánimo. Podía ser Ormuz como podía ser Arimán; reinar sobre las tinieblas como reinar sobre la luz" (7).

Por ello, acabará abandonándolo y partirá hacia Burdeos, pero antes, en el colmo del fango, se entregará a un joven oficial, "para irse acostumbrando nuevamente a la soledad" (8).

Esteban, el hijo espiritual de ambos, será el encargado de transmitirnos el lado realista de todo esa tragedia bufa; es el trasunto del Sancho cervantino y, como él, se dejará arrastrar por la fantasía de Víctor hasta el punto de sentirse "más francés que nadie, más revolucionario que quienes actuaban en la revolución, clamando siempre por medidas inapelables, castigos draconianos, escarmientos ejemplares" (9).

Pero pronto se desilusionará con la toma de conciencia de lo absurdo que es un régimen que establece semanas de 10 días, cambia de fecha el nacimiento del año, denomina a los meses con apelativos como "Brumoso", "Germinoso", etc., y establece la libertad en indisoluble unión con la guillotina, ese instrumento que se convierte en monumento y centro de atención de todas las miradas e incluso en motivo de comercialización masiva.

El nos informará del decreto que abolía la esclavitud, en un intento por imponer la igualdad de derechos de los negros, y que luego será derogado para restablecer la esclavitud. O de la nueva exaltación, en Fran-

(6) *Ibidem*, pág. 306

(7) *Ibidem*, pág. 314.

(8) *Ibidem*, pág. 329.

(9) *Ibidem*, pág. 92.



cia, de Dios hasta el punto de considerar a los ateos como "monstruos desolados" y "enemigos de la República"; en Cayena, por su parte, se organiza una procesión para acoger a un grupo de frailes y monjas así como para recibir sus bendiciones. Incluso se efectúa una misa de gracia a la que acude Víctor con todo su gobierno. No debe resultarnos extraña ni fuera de tono la afirmación del agente de negocios, Sieger:

"¡Y pensar que más de un millón de hombres ha muerto por destruir lo que hoy se nos restituye!" (10).

Estas y otras muchas cosas más nos va relatando Esteban, para quien todo es una serie de "contradicciones y más contradicciones", que hacen que definitivamente reniegue de esa revolución:

"Esta vez la revolución ha fracasado. Acaso la próxima sea la buena. Pero, para agarrarme cuando estalle, tendrán que buscarme con linternas a mediodía" (11).

Y es que el asco por todo lo vivido, como el hecho de que el mejor cirujano de Paramaribo tenga que amputar la pierna izquierda a nueve negros por intento de fuga, le hace que se sienta extraño hasta en su propia casa. "El que tanto había soñado con el instante del reposo, no sentía la emoción esperada. Todo lo conocido —lo harto conocido— le era como ajeno, sin que su persona volviese a establecer un contacto con las cosas" (12).

Y en ese maremágnum degradante, las dos únicas personas que intentarán recuperar sus ideales serán Sofía y Esteban. Este ya tiene un arranque cuando entretiene a los interrogadores que buscan a su prima, y así la ayuda a que escape hacia Cayena y le facilita la posibilidad de rehacer su vida, aunque él no cree en esa posibilidad.

Pero, finalmente, ambos a la par se entregarán al sacrificio voluntario de sus vidas en lucha contra los franceses, y en unión con el oprimido pueblo español, como único modo de defender su ya castigada creencia en la libertad de los hombres.

(10) *Ibidem*, págs. 308-309.

(11) *Ibidem*, pág. 253.

(12) *Ibidem*, pág. 243.

Y es de ese modo como Alejo Carpentier deja traslucir un pequeño resquicio de luz y esperanza para el hombre oprimido, inmerso en la oscuridad, como consecuencia de la dictadura del poder nacido para *defender su libertad e igualdad ante la ley*.

